

El Nacional oportunismo

Nuestro país es muy aficionado a los cambios de camisa. Aquello de estar al sol que más calienta va a misa. Se da uno la vuelta, a la primera de cambio, no hace falta mucho, la verdad.

Todo esto no es, ciertamente, nuevo. Viene de largo. Aquí el liberal acaba encarcelando a los liberales y el integrista a los integristas, todo es cuestión del puesto en que le pille el cambio. No, no es nada nuevo, pero tal vez algunos se estén pasando.

Quien leyó a Carrillo decir que no aceptaba al Príncipe de España, porque era el continuador de Franco, y que tampoco lo aceptaría si cambiase de rumbo al subir al poder, porque demostraría no ser fiel a sí mismo; ahora le oye asegurar que, siendo republicano, acepta lo que el pueblo español decida respecto a nuestro Rey.

Quien ha oído al actual presidente Suárez quejarse, en verano de 1975, viviendo Franco, del reformismo de Fraga, que fue el primero en decir que no era posible el continuismo puro y simple; ahora ve como Suárez es el gran reformista, el gran liberal, mientras desde posiciones oficiales se acusa a Fraga, que sigue en su misma tesitura de 1975, de enemigo de la evolución.

Quien ve todo eso, se queda de una pieza y llega a la conclusión de que la política es un sarapión del que nadie cura, y que la tentación del poder vuelve tarumbas a unos y otros, sean de derechas, de centro, o de izquierdas.

No hablemos ya de los trasiegos de partidos que se están produciendo ahora, ya en plena era predemocrática. Van de un grupo a otro, con una naturalidad que espanta. Los banqueros se consideran socialistas y los socialistas, vaya usted a saber qué se sentirán observando que todos se apuntan a lo mismo.

Cabe pensar que cuando lleguen las elecciones y cada cual se presente como lo que realmente es, podamos tener una ligera idea de lo que va a ser el futuro democrático. Por el momento lo único que ve el buen pueblo español, que se sabe seguro porque a fin de cuentas es quien ha de decir la última palabra, es que la mayoría han pasado de practicar el nacional sindicalismo, al nacional oportunismo.

HABLANDO
EN
PLATA

Economía y democracia

El proceso político hacia la democracia, pese a ciertas dificultades, en todo caso muchas menos de las que el más optimista hubiera previsto hace un par de años, sigue a ritmo prudente y eficaz. El Gobierno ha venido jugando con innegable habilidad, lo que le permite, en vísperas de la etapa electoral, mantenerse como árbitro de la situación. Tanto las fuerzas resultantes del franquismo, que le forzaban, más o menos, al continuismo, como la de la llamada oposición democrática, que buscaban a toda costa la ruptura total para partir de cero, están ciertamente neutralizadas. Esta situación produce un cierto equilibrio que, si las cosas no se complican, habrá de llevarnos a una paulatina transformación de las estructuras. Lo demás dependerá de la nobleza y sinceridad con que se produzcan en el futuro los dirigentes políticos.

Todo esto es más o menos cierto, pero no lo es menos que tanta preocupación política precaria de una correspondiente preocupación económica. Antes se acusaba al régimen de Franco de promover sí la economía, pero no el desarrollo político. Mira por dónde ahora resulta que está sucediendo lo contrario. Cada día sube la gasolina, y tras ella todo. Cada día el poder adquisitivo del español medio es menor, pero no importa, tenemos nacionalidades dentro del Estado Español, banderas —menos la española, claro, que por lo visto era un invento de

la «dictadura fascista»—, tenemos una inacabable sopa de letras políticas, tenemos todo lo que nos decían antes que hacia europeo. Lo malo es que, como de costumbre, de esa Europa tan cacareada, sólo copiamos las formas y nos olvidamos del fondo. Miramos más al trágico mosaico pluriforme de una Italia en ruina económica, social y moral, que a la serena democracia de la República Federal Alemana, con sus sindicatos totalmente apolíticos, y una poderosa economía, fruto de la estabilidad, la organización y el trabajo. En Alemania, democrática, europea, moderna y liberal, raramente hay una huelga política. Allá los trabajadores y los empresarios discuten por trabajo y economía. Y así va el país, con una moneda sólida y una economía envidiable.

Sí, es importante el proceso político que dirige el Gobierno, pero es imperdonable que deje deteriorar la situación económica de tal modo, aplicando sólo parches como aquellos «Sor Virginia» que nos ponían nuestras abuelas cuando no sabían qué remedio aplicarnos al dolor.

Si alguien cree que la economía se arreglará por el simple hecho de que ganemos la democracia, está fresco. Al revés: una mala economía puede hacer inviable la democracia. ¿Qué creen que sucedió en 1936? Pues eso mismo. Meditemos todos y dejémosnos de tópicos.

JOAN DEL VALLES